



El grito del profeta ha rodado por la calle vacía;  
tras la celosía el joven se ha mirado en un espejo  
convencido de que su cuerpo se ha hecho  
para el lecho del amor, no para el altar del sacrificio,  
a donde unas canas disimuladas desean arrastrarle  
ocultando tras la adulación su lujuriosa impotencia.

La oración fúnebre está encargada al viejo maestro del pueblo, avisadas  
las comadres, que buscan con premura de asalariadas el luto postizo  
y la pena ficticia que conmueve y excita al pueblo que debe lamentarse;  
las lloronas y las rezadoras han comenzado el primer acto del espectáculo  
apalabrado de antemano por el padrino, en unas monedas de cobre,  
la cena y una copa de aguardiente al filo de la madrugada  
por la salud del muerto y el descanso de los vivos.  
Todo realizado con modales circunspectos y ritus afectado,  
aunque por dentro están satisfechos de haber conseguido a tan bajo costo  
el proceso completo: víctima, sacrificio, rito, héroe y leyenda.

Mientras renchían los brasero en el velatorio  
el difunto ha comprobado que su derrota  
no es el triunfo de la muerte, sino la victoria  
que la mediocridad obtiene nutriéndose  
hasta la saciedad del cadáver de los vivos.

F. Javier CAMPOS

